

MUCHA CRISIS Y POCAS NUECES. *MUCH CRISIS AND FEW RESULTS.*

Alfons Barceló

(Universitat de Barcelona)

Joan Robinson (JR) fue y es la economista más famosa del siglo XX. Al nacer (en 1903), fue registrada bajo el nombre de Joan Violet Maurice. Educada como mujer de la alta burguesía inglesa, en octubre de 1922 va a Cambridge a estudiar economía. Según propia confesión (de los años 70), no sabía muy bien de qué se ocupaba esta disciplina, pero alimentaba una vaga esperanza de que sus estudios la ayudarían a entender la pobreza y averiguar cómo podría erradicarse. Y confiaba asimismo que en esta materia habría más sitio para la racionalidad que en la historiografía de la época, centrada en reyes, guerras y conquistas. Murió en Cambridge en 1983, con una aureola de prestigio y rebeldía, tras haber dedicado el grueso de su vida a la economía, en su doble vertiente de docencia y de investigación. Es procedente señalar, de todos modos, que en sus últimos años había declarado más de una vez a colegas y alumnos que se sentía un tanto sola y con cierto estado de ánimo de fracaso en cuanto a la fecundidad de su heterodoxia irreverente. Sirva como indicio de conflictos más o menos explícitos, la siguiente gracia de Solow: "Todos los economistas, excepto Joan Robinson, saben perfectamente lo que significa 'capital'" (1963). La frase es una joya hermenéutica, dado que son legión las interpretaciones potenciales que contiene, muchas de ellas poco amables no sólo para JR, sino también para el propio gracioso. Desde luego, hay que recalcar, en descargo de Solow, que éste reconsideró más tarde dicha afirmación, y la suprimió en la segunda edición de su trabajo sobre *Capital Theory*...

Pues bien, a lo largo de su dilatada carrera académica los objetivos básicos que orientaron a JR fueron claros: aspiraba a descubrir cómo funcionan las cosas, y en particular asumía que se precisaba un enfoque racional y sistémico (es decir, teórico) para la comprensión de las actividades económicas. Siempre mantuvo, además, un gran respeto por la precisión y el rigor. Sus maneras argumentales se caracterizan por la concisión, la claridad y la brillantez; las secuencias suelen ser contundentes y bien articuladas, aunque a menudo salta por encima de los pasos intermedios; en breve, su estilo podría sintetizarse como "original, atractivo y difícil". El registro de temas tratados a lo largo de su carrera es muy extenso, y va desde la microeconomía marshalliana hasta la macroeconomía keynesiana (ocupación y paro, inflación, dinero y tipo de interés), pasando por la economía marxiana, la teoría del capital, la teoría

del desarrollo y la acumulación, así como variados asuntos transversales, como la filosofía económica, el tiempo o la historia. Keynes y Kalecki fueron pronto sus principales puntos de referencia. Pero también se refirió a importantes influencias de sus coetáneos Kahn, Sraffa, Harrod y Kaldor, así como a los legados (a beneficio de inventario) de Marshall, Wicksell y Marx.

Sus herramientas usuales fueron la lógica y la geometría; pero en el subsuelo había mucha empiria, mucha historia, mucho debate con alumnos y colegas, mucha intuición. Un rasgo descolante de la personalidad de JR era su curiosidad. Evidentemente se trata de un rasgo necesario para un talante científico. Un buen número de colegas y alumnos de JR coinciden en que la cualidad más llamativa desde el primer contacto con ella era su indomable espíritu crítico (Cf. Ciocca, 1993, 195). Y en el plano de los valores asumió una decidida apuesta por la solidaridad, la igualdad y la libertad. Harcourt describió así al personaje: "Odiaba apasionadamente las injusticias... Durante toda su vida estuvo buscando caminos para alcanzar una sociedad más justa e igualitaria, mientras procedía a analizar y a criticar mordazmente tanto las sociedades que había conocido como las caricaturas y figuraciones que sobre ellas habían elaborado otras gentes" (Harcourt, 1992:455-6).

En España ha tenido y sigue teniendo admiradores, pero nunca tuvo, que yo sepa, discípulos aventajados. Tampoco fue una autora desconocida. En los años 70 Mireia Bofill tradujo, para ediciones Martínez Roca, cuatro volúmenes de artículos escogidos (*Collected Economic Papers*). Sin embargo mucho antes, en 1946, apareció en la "Biblioteca de Ciencias Económicas, Políticas y Sociales" del editor M. Aguilar, *"La economía de la competencia imperfecta"*, publicada originalmente en 1933 por Macmillan de Londres. Esta obra, de 412 páginas, traducida por José Luis Sampedro, estaba encabezada por una "Introducción a la edición española" (pp. XIII-XIX) de Manuel de Torres, catedrático de Teoría Económica de la Universidad de Madrid. La autora, "profesora de economía de la universidad de Cambridge", era presentada en los siguientes términos: "La Sra. Robinson, hija del general sir Frederick Maurice, nació en 1903. Fue educada en el St. Paul's Girls School, de Londres, y en el Gilton College, de Cambridge. Es esposa del destacado economista E. A. G. Robinson, actual editor del *Economic Journal*". Se añadía a continuación que también era autora de *Essays in the Theory of Employment* (1937); *Introduction to the Theory of Employment* (1937) y *Essay on Marxian Economics* (1942). (Tal vez no sea ocioso añadir entre paréntesis que este último opúsculo fue calificado por Sweezy, en 1946, como "el primer trabajo honesto que haya escrito sobre marxismo un escritor inglés no marxista".)

En la mencionada *Introducción* Manuel de Torres señalaba que la Sra. Robinson establecía "como punto de partida para su construcción el famoso artículo de Piero Sraffa, el bibliotecario de la Marshall, publicado en el *Economic Journal* en 1926" (pág. XV). Más adelante puntualizaba que "En la obra de la Sra. Robinson, y aun en el propio planteamiento del problema por Sraffa, la teoría de la competencia imperfecta nace con un ambicioso propósito: con el propósito de considerarse el 'caso general' de la formación de los precios, siendo libre competencia y monopolio casos límites y extremos" (pág. XVII). Conviene subrayar, sin embargo, que tras este libro marshalliano que abría espacios novedosos y hasta grandes esperanzas, JR se desmarcó en su madurez de esta obra, y aparcó totalmente el enfoque adoptado en esta su primera andanza analítica (cf. Robinson, 1969a, 11-19, "Prefacio a la segunda edición").

Personaje clave en su carrera intelectual y académica fue John Maynard Keynes. En especial, a comienzos de los años 30, JR formó parte del "Circus", un seminario restringido donde se discutía sobre todo el *Treatise on Money* de Keynes, así como ciertos desarrollos ulteriores, mientras se sometían a revisión un buen número de planteamientos heredados, todo ello estimulado por el crac del 29 y la crisis económica subsiguiente. Al final, este esfuerzo colectivo se plasmó en *The General Theory of Employment, Interest and Money* (1936).

Durante las décadas de los 50 y los 60 JR aborda nuevos campos. Sobre todo desarrolla una crítica sin contemplaciones a las pautas de funcionamiento de las economías de mercado y a los esquemas

teóricos que pretendían legitimarlas. Denuncia la endeblez de ciertas categorías presuntamente rigurosas que manejaba con empaque la academia, pero que -cuando se examinaban con atención y espíritu crítico- exhalaban elevadas dosis de retórica viciosa. Por ejemplo, insistía ella en que la competencia era "imperfecta"; las inestabilidades, perfectamente reales; el pleno empleo, una quimera, dado que andaba siempre amenazado por "obstáculos" varios; la distribución, un campo conflictivo y marrullero. Y el escurridizo equilibrio, "pasteles para mañana, pero nunca pasteles para ahora". El valor trabajo, más bien un concepto metafísico. El "capital", una trampa para inocentes, y un buen señuelo para descubrir a gandules intelectuales. He aquí sus palabras: "*Si no quieren dejarse embaucar, voy a darles un consejo muy simple: cada vez que sus profesores escriban K en la pizarra, pregúntenles en qué unidades viene expresado. Es posible que se molesten; pero si se enfadan en vez de dar una respuesta, no les quepa duda de que van por el buen camino*" (1969b, 171).

Roncaglia resumía así su papel en el seno del "colegio invisible" de los economistas académicos: "*fue la abanderada del keynesianismo. Escritora viva y prolífica, apasionada y brillante oradora, polemista vigorosa, dejó su impronta en muchas universidades*" (Roncaglia, 2005, 542). Para ella las grandes cuestiones emanaban de los rasgos omnipresentes en las economías efectivas: valor, distribución, crecimiento e inestabilidades. Incansablemente y con aguzadas puntas polémicas oponía a la doctrina neoclásica dominante, el paradigma difuso de la tradición clásica, revigorizada por Sraffa, que fluye desde Ricardo, pasa por Marx, se diluye con Marshall y se enriquece con el análisis de la demanda efectiva llevado a cabo por Keynes y Kalecki (cf. Robinson, 1973, p. XII).

Su trabajo más citado es, tal vez, "*La función de producción y la teoría del capital*" (1953-54). Vale la pena reproducir aquí, condensadamente y con poca fidelidad literal, su denuncia. Desde luego conviene subrayar que dicha denuncia todavía es no sólo pertinente, sino también de actualidad, aunque parezca mentira. "*La función de producción agregada ha sido un poderoso instrumento de mala educación, dado que escamotea el problema de dilucidar en qué unidades hay que medir el capital. Pues bien, antes de que el estudiante se percate de este asunto enigmático, es invitado y apremiado a pasar al siguiente tema. Ocurre entonces que, antes de averiguar la respuesta, quizá se convertirá en catedrático y se dedicará a impartir lecciones con esos mismos planteamientos. De este modo se van transmitiendo, generación tras generación, pautas de pensamiento degeneradas*".

En 1956 publicó su obra más extensa (453 págs) y más ambiciosa, "*La acumulación de capital*". El título, sin ser impropio, expresa sobre todo un homenaje directo a la primera y casi única economista y mártir marxista, Rosa Luxemburg (quien había publicado en 1913 una obra con igual título). En esta investigación Joan Robinson intentaba extender el análisis keynesiano al largo plazo. No consiguió grandes resultados, a mi parecer; pero cabe destacar no obstante sus logros en lo que se refiere a idear y perfilar algunos modelos básicos de crecimiento económico. Pocos años después reconocía que ese texto había resultado más difícil de entender y de digerir de lo que ella había creído en un principio. Ciertamente las relaciones entre los grandes indicadores estructurales de una economía como son los salarios reales, la tasa de beneficios normal, la tasa de acumulación, el tipo de interés, los cambios técnicos y las barreras inflacionarias no son fáciles, ni mucho menos. En definitiva, JR intenta como mínimo dilucidar algunos de sus rasgos y las principales conexiones que los vinculan.

JR será recordada durante mucho tiempo más por sus críticas que por sus contribuciones positivas, y también por su talante modélico frente a la realidad elemental de la miseria y el sufrimiento, las opresiones y las injusticias. Para una evaluación global, un tanto esquemática y caricaturesca, me atrevería a contraponer como características más notables su sagacidad por encima de su profundidad, su realismo contrapuesto a la especulación escolástica, su propensión y defensa de una modelización pragmática (en función de los problemas que se pretenden abordar y esclarecer), su desconfianza ante las esquematizaciones generalistas (denunciadas sin reparo a causa de sus supuestos oportunistas, cuando

no son postulados de mala fe con afeites embellecedores). Evidentemente, por mucho que se insista en que se trata de maniobras simplificadoras que luego se eliminarán, lo cierto es que se mantienen tiempo y tiempo. Y así van perdurando las ficciones indeseables de sujetos omniscientes con preferencias endógenas y estables; los trabajadores que aparecen por ensalmo, sin haber sido antes bebés, ni en el futuro ancianos con apetencias de otras especies, poco grado de autonomía y alto grado de dependencia (fases ambas, en definitiva, con necesidades especiales que precisarán elevadas cuantías de cuidados personales); las máquinas perpetuas; la eliminación por decreto del "capital fijo"; la cosmovisión de recursos y energías ilimitadas, junto con basuras y residuos fácilmente aprovechables o eliminables; la posibilidad de crecimientos físicos exponenciales a medio y largo plazo...

Hay que apuntar también que JR sentía curiosidad en plan diletante por las cuestiones de método, mientras no se exagerara ni se perdiera el norte. Remedando un proverbio tópico, podría sugerirse que "*no tenía ni credo ni principios, sino inquietudes*". No era una pensadora sistemática, sino abierta a problemas nuevos, a captar complejidades olvidadas, a ver los fenómenos desde otras perspectivas. Sostenía que cuando se detecta alguna contradicción, un examen detenido suele revelar a menudo que la anomalía radica en que se están abordando distintos problemas o practicando modelizaciones desde otros sistemas de referencia, o seleccionando un particular factor como eje básico de la cuestión que se pretende elucidar. En cualquier caso conviene recordar que JR suscribió más de una vez la tesis de Keynes referente a que el análisis económico no tenía como objetivo dotarnos de un mecanismo o método de manipulación a ciegas, que suministraría una respuesta infalible, sino dotarnos de un organizado y ordenado método para abordar problemas específicos o particulares.

Desde luego reconocía que había muchos géneros de problemas científicos y muchos modos de abordar las actividades científicas. Igual que hay muchas maneras honestas de ganarse la vida, así también hay incontables maneras de llevar a cabo labores científicas valiosas. Por supuesto, muchas capacidades están desigualmente repartidas, y dispares son también las vocaciones individuales y los atractivos que ofrecen las diversas faenas y especialidades. Pero creo que siempre resulta esclarecedor distinguir entre los que sacuden el árbol, los que cogen las nueces, los que las venden, los que las cobran y los que se las comen.

Uno de sus principios ontológicos permanentes, expresado como aforismo emblemático, fue "El pasado es irrevocable, y el futuro, incierto". Y una de las ideas económicas que estimaba como menos presentables en el plano intelectual, y políticamente más perversas, era la creencia de que en una economía moderna bajo régimen de competencia se daba una tendencia automática hacia la plena ocupación. También procede destacar su insistencia en la importancia de la dimensión temporal para comprender el funcionamiento de las economías efectivas. Así como su hincapié en la diferencia de naturaleza entre tiempo lógico y tiempo histórico. Y la incompatibilidad de cohonestar la noción de equilibrio con el tiempo histórico.

Conviene asimismo indicar que a menudo JR criticó a los académicos de campanillas por preferir problemas fácilmente abordables en el plano formal (pero a menudo un tanto simplones), en lugar de afrontar problemas reales y difíciles. Verdad es que ella no resolvió problemas teóricos capitales, ni planteó hipótesis científicas de gran calado, pero llamó la atención sobre la endeblez de muchas tesis teóricas y propuestas programáticas, consagradas a fuerza de repetir argumentos de autoridad, y consolidadas por intereses creados y rutinas intelectuales. Al fin y al cabo -sostuvo Arrow con respeto y cierta distancia-, JR tuvo el mérito de obligarnos a pensar. Quizá por eso ha sido más bien postergada y excluida por parte de los portavoces de la ideología económica dominante. (Con alguna honrosa excepción, como la de Samuelson proponiendo confidencialmente su candidatura para el nobel de economía, como se supo no hace mucho.) No es de extrañar, pues, que durante los últimos años de su vida manifestase a veces su decepción ante las corrientes económicas hegemónicas. También se sentía frustrada, al parecer, por no haber ganado batallas

decisivas que pudieran afianzar los nexos de la teoría con la realidad y con las técnicas de intervención económica, política y social, en beneficio de la felicidad de los seres humanos. En fin de cuenta, su ideal hubiera sido el desarrollo de esquemas teóricos (con capacidad explicativa, predictiva y técnica) que, por un lado, dieran razón de cómo funciona el sistema económico y, por otro, pudieran soportar programas y sociotécnicas viables y en sintonía con las grandes aspiraciones de la ilustración y el socialismo humanista.

El texto que hemos seleccionado para honrar su memoria, y que publicamos a continuación, es la conferencia pronunciada en una asamblea de la *American Economic Association*, presidida por J. K. Galbraith, en Nueva Orleans, el 21 de diciembre de 1971.

Tal vez sea útil para los lectores jóvenes trazar un somero esbozo de la coyuntura histórica de aquellos tiempos. Pues bien, a vuelo de pájaro, en ese momento, aún está en marcha la guerra caliente del Vietnam; y aunque el mundo aparece todavía regido por la "guerra fría", se vislumbra ya una próxima etapa de cierta distensión. Situados a menos altura, parece que llega a su fin un largo período de bonanza económica (más bien contra todo pronóstico retrospectivo, conviene advertir), de manera que ni el capitalismo occidental ni el socialismo burocrático muestran signos externos de estar agonizando, ni siquiera de encontrarse en horas bajas; pero ciertamente se detectan nubarrones difusos en lontananza. Desde luego conviene recordar que se han vivido poco antes algunas grandes movilizaciones sociales (derechos civiles, pacifismo, reivindicaciones democráticas) cuyas manifestaciones más llamativas fueron las protestas estudiantiles contra la guerra del Vietnam, los brotes revolucionarios del Mayo francés, la invasión rusa de Checoslovaquia dirigida a aplastar los intentos democratizadores endógenos de la "Primavera de Praga". Por último, ahora a ras de suelo, unos pocos datos reveladores de coyuntura o con prolongaciones ulteriores de impacto colosal y planetario: en 1971 el precio del petróleo está casi en mínimos; Intel crea el microprocesador (o chip de silicio); las mujeres obtienen en Suiza el derecho a votar; y en 1972 empiezan a fabricarse las calculadoras de bolsillo.

Como colofón final, anotaré que desde el punto de vista formativo y de agilidad mental me parece oportuno y casi obligado conocer algo de Joan Robinson, de primera mano. Evidentemente eso no depende sólo de las ganas, sino también del tiempo disponible. Si no llega a un día, entonces habrá que conformarse con el magistral retrato construido por Pasinetti para el *New Palgrave* (1987); si el tope programado es una semana, recomendaría la lectura de *Filosofía económica* (1962, Madrid, Gredos, 1966); si es un mes, propondría tres libros cortos: *Ensayos sobre la teoría del crecimiento económico* (1962, México, Fondo de Cultura Económica, 1965); *Herejías económicas. Viejas controversias de la teoría económica* (1971, Barcelona, Ariel, 1976), y *Aspectos del desarrollo y el subdesarrollo* (1979, México, Fondo de Cultura Económica, 1981). Si alguien dispusiera de un año y tuviera ganas de meterse a fondo en estos asuntos, entonces puede acudir para orientación general a mi "Guía de lectura de Joan Robinson" donde se informa escuetamente de casi todos los trabajos de JR.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Barceló, A. (1984): "Guía de lectura de Joan Robinson". *Cuadernos de economía*, vol. 12, n. 34, pp. 231-250.

Ciocca, P. (1993): "'The Golden Age and Joan Robinson's Critique'", en: Marcuzzo, Pasinetti & Roncaglia (1996), pp. 195-199.

Harcourt, G. C. (1992): "Joan Robinson (1903-1983)". En: Arestis & Sawyer, *Biographical Dictionary of Dissenting Economists*. Edward Elgar.

Marcuzzo, M. C.; Pasinetti, L. L.; Roncaglia, A. (eds.), (1996): *The Economics of Joan Robinson*. London and New York, Routledge. 370 pp.

Pasinetti, L. L. (1987): "Robinson, Joan Violet" en: Eatwell, J., Milgate, M., Newman, P. (eds.), (1987): *The New Palgrave. A Dictionary of Economics*, vol 4, pp. 212-217.

Robinson, J. (1933): *La economía de la competencia imperfecta*. Madrid, Aguilar, 1946. (T.: José Luis Sampedro).

Robinson, J. (1953-54): "La función de producción y la teoría del capital", en: Robinson, J. (1973): *Teoría del desarrollo. Aspectos críticos*. Barcelona, Martínez Roca. (Versión castellana de *Collected Economic Papers II*, realizada por Mireia Bofill).

Robinson, J. (1969a): *La economía de la competencia imperfecta*. Barcelona, Martínez Roca, 1973. (T.: Justo G. Beramendi).

Robinson, J. (1969b): "La economía, hoy", en: Robinson, J. (1973): *Relevancia de la teoría económica*. Barcelona, Martínez Roca, 1976. (Versión castellana de *Collected Economic Papers IV*, T.: Mireia Bofill).

Robinson, J. (1973): "Foreword" a J. A. Kregel, *The Reconstruction of Political Economy: an introduction to Post Keynesian Economics*. London, Macmillan.

Roncaglia, A. (2005): *La riqueza de las ideas. Una historia del pensamiento económico*. Zaragoza, Prensas Universitarias, 2006. (T.: Jordi Pascual Escutia).